en
ituut

BIBLIOTHEEK UNIVERSITEIT UTRECHT
2844 108 1

V IV 827

GONZALO PICON FEBRES

BIBLIOTHEEK DER RIJKSUNIVERSITEIT UTRECHT
V IV. 827.
ACA 1680

CLAVELES ENCARNADOS

Y

AMARILLOS

[NUEVAS POESÍAS]

CURAZAO

Imprenta de la Librería de A. Bethencourt é Hijos

1895

30,020

SPAANS, PORTUGEES EN IBERO-AMERIKAANS INSTITUUT
to de Estudios Hispánicos,
gueses e Iberoamericanos
Instituto de Estudos Hispânicos,
Portugueses e Ibero Americanos
11 FEB. 1971

PRIMAVERA *

I

—Madre, vén, baja al huerto, que ya las lilas,
ayer nomás desnudas y casi muertas,
estallan en macizos de verdes hojas
y se cubren de flores que el aura besa.

Acúde, córre, vuéla, madre querida,
que en una sola noche las arboledas,
se han vestido de frondas, pimpollos áureos,
sonrosados capullos y madreselvas.

Vén á oír lo que el agua, limpia y sonora,
bajo azules campánulas charlotea;
lo que zumban con ansia los colibríes
que van buscando amores por la floresta.

* Véase el *Apéndice*.

Acúde á la majada, donde el retozo
comienza ya á sentirse de las ovejas.
¡Jamás vieron mis ojos que sus caricias,
madrecita del alma, fuesen más tiernas!

Acúde, madre, acúde, para que admires
cómo van alegrándose las doncellas
al sentir de los mozos á quienes aman
el ardiente cariño con que las besan.

— Ya lo sé, prenda mía, luz de mis ojos,
y ese gran regocijo que tú contemplas,
es la música espléndida de la vida,
es la lumbre sagrada... ¡la Primavera!

II

— Madre mía, estoy triste; madre adorada,
yo siento aquí en el alma profunda pena:
un dolor que á las veces me da alegría,
un placer que de pronto me da tristeza.

El pecho se me oprime, y en la garganta
siento un lazo terrible que me la estrecha,
y en llorar y en reírme como una idiota
hallo el único alivio de mi impaciencia.

Yo quisiera abrazarlas, cuando se ríen,
á las mozas que saltan por la pradera,
y morderles los labios y las mejillas,
que parecen granadas recién abiertas.

Ignoro lo que tengo, pero es horrible:
calor vivo que abrasa, frío que hiela,
inquietudes extrañas que apesadumbran,
y hondos anhelos, madre, que nunca cesan.

¡*Amor es eso, niña!* claman en coro
las muchachas que viven allá en la aldea;
mas yo lo dudo ¿sabes? porque mi alma
no quiere á ningún hombre sobre la tierra.

Madre, dime qué es esta melancolía,
este mal que me tiene triste y enferma,
que me impulsa á reírme si estoy penando,
y á llorar como loca si estoy contenta.

— Cálla, niña inocente, que eso es la vida;
botoncito de rosa, no te entristezcas:
¿no ves que ya en el campo las flores lucen
y alegres las alondras revolotean?

¿No ves que ya las chicas tejen sus danzas
á los dulces acordes de la vihuela,
mientras en lo trigueño de sus mejillas
la flor de los amores despunta regia?

Alégrate, retóza, sonríe y cánta,
que ese gran regocijo que tú contemplas,
es la espléndida fiesta de la Natura,
es la lumbre sagrada... ¡la Primavera!

A tu edad, prenda mía, sintió mi alma
ese aliento fecundo que hoy te enagena,
y á tu edad despuntaron mis ilusiones
como almácigo rico de flores nuevas.

Y á la espléndida lumbre de mis delicias,
y al calor de esa llama que en tí despierta,
fuiste tú... ¡niña hermosa, tierno capullo!...
de mis castos ensueños la flor primera.

¡ALELUYA!

Á CLORINDA

Al entreabrir sus bocas voluptuosas,
de encendido color como la tuya,
diciendo están las purpurinas rosas
al són de los raudales... ¡aleluya!

¿Qué sucede en la tierra? Dulces trinos
en alas van del céfiro errabundo,
brota el torrente en chorros cristalinos
y una marcha triunfal vibra en el mundo.

Con su túnica blanca y manto negro
ya tornan las locuaces golondrinas
á modular su misterioso alegro
en las diáfanas horas vespertinas.

Como espléndida rima al cielo sube
la alondra, que es la artista del gorgeo,
y en la fimbria de encajes de la nube
disuelve el almo sol su centelleo.

Regocijo sutil del campo brota,
de la aurora al fulgor caliente y rubio,
en el verde macizo, en la bellota,
en el áureo botón y en el efluvio.

Rebosante de gotas de rocío
la amapola sensual abre su seno
bajo el palio de frondas del umbrío
tímido bosque de fragancias lleno.

Al gracioso rimar de la guitarra
que el más diestro de todos pespuntea,
los mozos van en procesión bizarra
detrás de las muchachas de la aldea.

Y la chica gentil de trenzas de oro,
contemplando al zagal que la desvela,
repica al són del címbalo sonoro,
rebosante de amor, la castañuela.

Esgrimiendo sus cuernos rutilantes,
de la brisa al vaivén yerra y ondula,
como joyel de límpidos cambiantes,
por los prados en flor la libelula.

La campánula azul repica ufana
la aleluya inmortal de primavera,
y al divino esplendor de la mañana
¡aleluya! responde la palmera.

Y en bosque, selva, cúspide y vertiente,
junto á la mar espléndida y bravía,
desde donde el sol nace hasta occidente,
la diana universal canta... ¡alegría!

Cada fresco rosal es una aurora,
cada céfiro alado blanda lira;
busca á la luz el alma soñadora,
y el poeta la flor en que se inspira.

¡Amor! dice la hirviente catarata,
¡amor! la fiera, el pájaro y la fronda,
¡amor! las grutas de zafiro y plata,
y en el férvido mar la glauca onda.

¿Qué sucede en la tierra? Es que la vida
por dondequiera estalla y centellea,
en amoroso incendio convertida
y en soberana inspiración que crea.

AL CARBON

Eres una mujer falsa y ladina,
y egoísta y soez y hasta embustera,
y es tu lengua vulgar y callejera,
cual cuchillo feroz, harto dañina.

Tienes un alma estúpida y mezquina
y un corazón en que la envidia impera:
el metal es tu Dios, hembra grosera,
y al talento lo ves con torpe inquina.

La gloria no halla eco en tu conciencia,
el oro es para ti lo que fulgura,
y te burlas del arte y de la ciencia.

Por eso exclamo aquí con amargura:
¡quién pudiera encerrar más rica esencia
en la espléndida flor de tu hermosura!

EL IDEAL

Yo no sé de donde viene
ni tampoco á donde va
ese pájaro armonioso
que cruza la inmensidad.

De blanco y rosa las plumas
de su vestido imperial,
son de perlas y de oro
las rimas que al viento da.

Tiene el fulgor del ensueño,
y de la ilusión fugaz
los rompimientos en iris
con que alumbra donde está.

Algunas veces anida
bajo el techo de mi hogar,
y á mi corazón suspende
con su música triunfal.

Nunca le pierdo de vista
en su eterno revolar:
siempre le miran mis ojos
en la azul inmensidad.

Es un artista que alegra
con su canción celestial
á las almas que padecen
y á las que gozando están.

A los viejos les pregunto
si le conocen de atrás,
y los viejos me responden
con su exquisita bondad:

— Ese pájaro armonioso
es el eterno ideal
detrás de cuyos fulgores
siempre va la humanidad.

LA LEYENDA DEL PETIRROJO

El incauto gorrión ya se moría,
tendido sobre el témpano de hielo,
sin recibir de nadie en su agonía
la inefable caricia del consuelo.

En eso pasó Lesbia, y al instante,
mirándole con lástima y cariño,
le recogió del témpano brillante
para darle calor en su corpiño.

Y en tal gruta feliz de nieve y rosa
el chiquitín se halló tan de improviso,
que se puso á cantar con voz mimosa:
— ¡Así debe de ser el paraíso!

De pronto echó de ver que á entrambos lados,
sobre el puro blancor de dos palomas,
brillaban dos capullos encarnados,
si de casto reír, llenos de aromas.

Quiso al punto libar desde su nido
la miel de cada pecho voluptuoso,
y en uno de los dos picó atrevido
el capullo fragante y delicioso.

De risueño matiz y en chorro ardiente
sangre corrió del pecho inmaculado,
para teñir de púrpura esplendente
del curioso gorrión el seno hinchado.

Al sentir el dolor, fuerte alarido
lanzó la niña, y por vengar su enojo,
echó á volar furiosa al atrevido,
de improviso trocado en *petirrojo*.

Á SALVADOR RUEDA

Yo no sé lo que es, si mariposa
con alas de luciente pedrería,
ó libélula azul que con el día
se ve surgir del cáliz de una rosa.

Yo no sé lo que es, si melodiosa
canción que vierte aromas y alegría,
ó sangriento rosal de Andalucía
donde tiene su nido alguna diosa.

Yo sólo sé que es oro en filigrana
el verso tuyo, límpido y risueño
como el radiante sol de la mañana.

Yo sólo sé que es púrpura y beleño,
y que huele á tomillo y mejorana,
y que tiene el encanto del ensueño.

¡POBRE LOCA!

TODAS las tardes iba,
camino de la aldea,
aquella niña pálida y hermosa
como botón de virginal gardenia.

Tenía la mirada
débil como fulgor de blanca estrella;
mirada en que de pronto aparecía
la triste vaguedad de la demencia.

Unas veces cantaba
como tímida alondra en la arboleda;
otras veces reía
con una risa estúpida ó siniestra.

Sentábase de pronto
sobre la tibia alfombra de la senda.
y empezaba á llorar como una loca
el sufrimiento horrible de sus penas.

De blanco se vestía
para tomar la ruta de la aldea,
y de azahares ricos de perfumes
esmaltaba el negror de sus guedejas.

Los niños exclamaban,
al mirarla venir de la floresta:
¡Allá viene la loca de la quinta!
¡vayámonos con ella!

Mas nunca los rapaces
burlaban su dolor y su tristeza,
sino que en ronda muda
së iban escoltando á la doncella.

Jamás se detenía
en las tortuosas calles de la aldea,
porque con ansia irresistible y honda
pasaba á la necrópolis desierta.

Curioso por saber de aquella niña
la trágica leyenda,
al soplo de los céfiros de Mayo
una tarde me fuí detrás dë ella.

Del camposanto humilde
á poco abrió la ennegrecida puerta,
penetró con sigilo, y fue á sentarse
en una tumba ornada de violetas.

Engalanó después de blancas rosas
la cincelada piedra,
besóla con frenético delirio
y derramó sus lágrimas en ella.

Apoyada la frente contra el mármol
de caprichosas vetas,
y platicando á solas
con alguna visión de su demencia,

se estuvo allí la niña hasta que el bronce
de la cercana iglesia,
á los últimos besos de la tarde
repercutió en los bosques y florestas.

Tornó á salir con vacilante paso,
y al encontrarme inmóvil en la puerta,
con voz como de arpa
que en la campestre soledad se queja,

— Cálla — me dijo — que el doncel reposa
en su cojín de nardos y azucenas:
no le despiertes, nó, que está dormido;
no interrumpas la dicha con que sueña.

Es rubio como un astro
y hermoso como Byron el poeta.
¡ No le llames aún, que nuestras nupcias
serán al renacer la primavera !

Flor de nieve me llaman, porque visto
el traje virginal de las doncellas;
y es que yo soy la dulce prometida
de aquel por quien mi alma desespera.

Allí está ¿no lo ves?... ¡Bañado en sangre,
y yo me estoy muriendo de tristeza!
¡Mi hermano le mató, porque una noche
nos fuimos á vagar por la arboleda!

¡Secos tengo los ojos de llorarle
en estas largas horas de su ausencia!
¿Sabes acaso tú dónde es que viven
las almas que se van de este planeta?—

.....

De pronto lanzó un grito, y por la vía
que va del camposanto hasta la aldea,
la vi desparecer como una sombra
del rosado país de las quimeras.

AUSENCIA

Á Clorinda

Yo te quiero, mï alma, yo te adoro,
y yo me muero por ti, prenda querida,
y lejos de tu aliento, que es mi vida,
es intenso pesar lo que devoro.

Que á tu lado me vuélva, al cielo imploro:
que me lleve al rincón en que escondida
me guardas tú la casa donde anida
mi solo bien, mi angelical tesoro.

En estas largas noches de mi duelo
se me pone el espíritu sombrío
y no logro encontrar ningún consuelo.

¡ Quién me diera tornar al patrio río,
con el vívido ardor de nuestro anhelo,
para sentir tus besos, amor mío !

RIMA

Posado en una acacia enflorecida
cantaba un ruiseñor
los alegres encantos de la vida
y los deleites dulces del amor.

La noche era sombría,
y el céfiro al soplar,
rimaba su grandiosa poesía
en las ocultas liras del pinar.

Esmaltando con luz intermitente
los árboles en flor,
un cocuyo exclamó con voz doliente:
¡quién fuera ruiseñor!

Y el pájaro armonioso,
la queja del insecto al escuchar,
le dijo con acento cariñoso:
¡quién pudiera ser luz para brillar!

NEGRO

Yo no puedo quererte, moza impura,
porque ignoras lo que es el sentimiento,
y ni sabes sentir como yo siento,
ni eres capaz de amarme con ternura.

Lástima da la flor de tu hermosura,
pues la vívida lumbre del talento
no ha llegado á encender con su ardimiento
la noche en que tú vives tan oscura.

Tu cariño es estúpido y tardío;
tu amor grosero, el de la bestia humana:
tu egoísmo, satánico y sombrío.

Ya sé que tu belleza es soberana,
pero en tu sér moral, sórdido y frío,
jamás brilló la luz, mujer liviana.

PRIMAVERAL

Todo ríe, todo canta,
al nacer la primavera,
en la fecunda pradera
y en la luz que la abrillanta.
Ríe el sol que se adelanta
por el claro azul del cielo ;
canta el nítido arroyuelo,
bajo el palio de las frondas,
y ríen del mar las ondas
al besar el turbio suelo.

El ósculo de la brisa
que en el rosal cuchichea,
es blando soplo que orea,
es inefable sonrisa.
Y el fulgor que se divisa
en la puerta azul de oriente
brotando como un torrente
de hojas vívidas de rosa,
es la risa deliciosa
del alba resplandeciente.

Ríe el matiz en la flor,
el oro en el astro rubio,
la fragancia en el efluvio
y en las nieves el blancor.
Ríe en la niña el pudor
como clavel encendido ;
canta el pájaro en el nido
la rima que al campo alegra,
y sobre la tierra negra
ríe el césped verdecido.

La encendida mariposa
por los vergeles se engríe,
y al ondular, se sonríe
como unos labios de rosa.
Y en la blanca tuberosa,
y en el girasol bravío,
y en los arbustos del río,
y en la grácil trepadora,
está riyendo la aurora
en las perlas del rocío.

Cada azahar que gotea
del limonero fragante,
se sonríe en el brillante
que en su corola chispea.
En el jardín risotea
entre las flores la brisa ;

y en el raudal que se irisa
vertiendo gárrulas notas,
en carcajadas de gotas
revienta alegre la risa.

Todo ríe, todo canta,
al nacer la primavera,
en la fecunda pradera
y en la luz que la abrillanta.
Ríe el sol, ríe la planta,
la vid que al tronco se aferra,
el insecto azul que yerra,
el agua, el nido y la flor.
¿Qué sucede? Es que el amor
está incendiando la tierra.

¡SALVE, REGINA!

Junto al rosal que brilla como aurora,
el divino candor de la azucena,
la campanilla azul de rimas llena
y el tulipán de gracia triunfadora.

Irguiéndose en la rama cimbradora,
el rosado clavel que me enagena;
y más allá la excelsitud serena
de la gardenia que en las tumbas llora.

Desbordante de gotas de rocío
desabrocha el jazmín su vestidura
como el astro su luz en el vacío.

Y en medio á tanta pompa y galanura
mostrando está su gracia y poderío
el soberbio esplendor de tu hermosura.

Á CLORINDA

El tiempo está de gala
y de músicas blandas la arboleda,
porque ya bulle en troncos y ramajes
el divino calor de primavera.
Se rompen los capullos,
los pájaros revuelan,
y desciende la luz en chorros vivos
de la azulada esfera.
Apóyate en mi brazo,
vayamos á vagar por la floresta,
y aquí sobre mi hombro
reclina la hermosísima cabeza.
Mi corazón te ama,
te adora mi conciencia,
mis ardientes miradas te acarician,
mas tu esquivez me aflije y desespera.
¡ Amor ! dicen las aves,
¡ amor ! la brisa de fragancias llena.
¡ amor ! la catarata
que se deshace en perlas.

¿En qué piensas, Clorinda? ¿Qué te abruma?
¿Por qué aguardas aquí, triste é inquieta?
¿Acaso no eres mía,
y mi pasión por tí no es verdadera?
Escúcha: los arroyos
cantando están tu espléndida belleza,
los rosales te brindan sus aromas,
y el aura tibia tu semblante orea.
¿No sientes de las flores
la regalada esencia?
¿No escuchas en los troncos
el estallido blando de las yemas?
¿Acaso no percibes,
allá junto á las rosas de la cérca,
del ruiseñor divino
la dulce confidencia?
¿No ves que la libélula ardorosa
es una rima azul que al campo alegra,
y que en los aires van chispas de oro
al par que notas gárrulas y frescas?
Es eso el regocijo
de la estación más bella;
es el fuego que aviva y no consume;
es el amor que impera.
Allá bajo las frondas,
allá junto á las blancas azucenas,
me sentaré á decirte que te amo
como nadie te amó sobre la tierra.

¡ Qué horas nos aguardan,
qué encanto nos espera,
besando yo tus pálidas mejillas
y consolando tú mi alma enferma !
Con las divinas llamas de tus ojos
ahuyentarás mis penas,
y yo te dormiré sobre mis brazos
con el ritmo fugaz de mis endechas.
De nardos olorosos
y de límpidos broches de gardenias
te formaré el cogín donde reclines
la virginal cabeza.
Será nuestro camino
de gramas como seda,
de músicas de nidos y de frondas,
y de alegrías plácidas é intensas.
Te llevaré en mis hombros
al través de la índica floresta ;
beberemos el agua en una hoja
y comeremos frutas de la selva.
¿ Por qué tardas, Clorinda ?
Acúde, córre, vuéla ;
déja el mundo por mí, que yo te amo
con la ideal ternura del poeta.
Acúde, que á los vívidos fulgores
con que viene de triunfo primavera,
sentiremos, Clorinda, en nuestras almas
la dicha más sublime de la tierra.

AZUL

AZUL es el vestido de la mañana
y azul de las madonas el manto regio,
azules las campánulas y los lirios
y azul el oleaje del mar Tirreno.

Azules son tus ojos, linda zagala,
y en la inefable lumbre de sus destellos
se ve lucir cual niebla de azul y oro
la castidad sublime de los ensueños.

A UNA GRANADA

Tu clámide es de púrpura esplendente
y esmeráldicos son tus borceguíes,
y siendo tus joyeles de rubíes,
la corona imperial brilla en tu frente.

Besada por la luz resplandeciente,
de tu soberbia excelsitud te engríes,
y en la gracia triunfal con que sonríes
se regocija el sol desde occidente.

Para emular tu roja vestidura,
en su trono de lirios la alborada
muéstra el cendal que envuelve su figura.

Pero á tus pies se inclina avergonzada,
y humillándola tú con tu hermosura,
revientas en alegre carcajada.

INDIGNACIÓN

SOBRE la cumbre azul de la colina
el espléndido alcázar se levanta,
con sus muros de pórfido de rosa
y sus erguidas torres de esmeralda.

El pórtico es de oro, y sobre el muro
se ve lucir cual deslumbrante llama,
como el rayo de sol que alegre brilla
en el suave carmín de la mañana.

De cada erguida torre se desprende,
firme, soberbia, fúlgida y gallarda,
una flecha de luz que sobre el fondo
del zafiro del cielo se destaca.

En derredor esparcen rica esencia
en sutiles efluvios las acacias,
y revuelan y cantan y se arrullan
rondas festivas de palomas blancas.

Fuentes de mármol el jardín alegran
con el vivo rumor de sus cascadas,
en cuyas finas perlas se sonríen
los destellos espléndidos del alba.

Y allá bajo los arcos que circundan
el hermoso jardín que al cielo encanta,
sus románticas rimas de gorgeos
el cadencioso ruiseñor exhala.

El mago está sentado sobre un trono
deslumbrante de oro y de escarlata,
y descansan sus pies sobre las crines
de un soberbio león de agudas garras.

Los tres príncipes entran, se descubren
y hacia el famoso mago se adelantan,
y el mayor de los tres pronuncia quedo
con intensa emoción estas palabras:

— ¡Oh tú, mago sublime, cuyas glorias
canta doquiera en su clarín la fama,
escúcha nuestra súplica ferviente,
porque somos los hijos de un monarca!

Venimos del país de las leyendas,
desde donde la luz vierte en el alma
con cada tibio rayo una sonrisa
y con cada arrebol una esperanza.

Queremos ser poetas, mago ilustre,
para cantar los triunfos de la patria,
los dolores acerbos de la vida
y los ensueños fúlgidos del alma.

Y si en tu mano está trocar la sombra
en la vívida luz de la alborada,
en realidad tangible las quimeras
y el desengaño en fe y en esperanza,

nuestras obscuras frentes ilumína
insúfla inspiración en nuestras almas,
y con tu genio encantador transfórma
en armoniosa lira nuestra espada.

Y al sentir crepitar en nuestra mente
del ingenio creador la lumbre sacra,
te daremos en cambio todo el oro
que quiera tu ambición de nuestras arcas.—

Dice, y el duende ilustre se sonríe
al escuchar del joven las palabras,
y con sonoro acento en que resuena
la más profunda indignación, exclama:

— ¿Por ventura creéis, reales idiotas,
que la estulticia es fácil transformarla
en el aliento inspirador que crea
universos enteros de la nada?

¿Imagináis acaso que el cuclillo
puede escalar con su ambición insana
las montañas soberbias donde el cóndor
entre rayos de luz cierne las alas?

¿Por ventura creéis, necios ilustres,
que con el vil metal de vuestras arcas
se compra el dón de enternecer los pechos
con la inefable música del arpa?

¡Salid de aquí, salid, antes que ordene,
por castigar vuestra insolente audacia,
que esos bizarros negros que me sirven
á puntapiés os echen de mi alcázar!

PRESENTIMIENTO

Le regaló un amante á su Julieta
un casar de avecillas... ¡un tesoro!...
pero á pesar de ser un gran poeta,
jamás cantaba el ruiseñor canoro.

La doncella gentil, cierta mañana
deslumbrante de oro y de rocío,
para ver el casar fué á la solana,
y á la hembra encontró muerta de frío.

El ruiseñor, desde el primer instante,
se dió cuenta cabal de lo que había,
y se puso á cantar ¡el muy tunante!
con insólito ardor de noche y día.

Aquella misma tarde platicaba
con su amante la niña en la pradera,
y abrazándole tímida, exclamaba:
—¡Tengo miedo de ti cuando yo muera!

CREPÚSCULO

OCULTAN ya las flores su hermosura
bajo el dosel de la enramada umbría,
y hecha un vivo raudal de poesía
arde la estrella vívida en la altura.

Mientras la palma ostenta su figura
en la orilla del mar con bizarría,
el nenúfar se queja en su agonía
con una voz intensa de amargura.

Una explosión de esencia regalada
los verdecidos cármenes orea,
y en el abismo truena la cascada.

Y allá, sobre la tumba que blanquea
como un montón de nieve inmaculada,
el oscuro ciprés se balancea.

FIN DE SIGLO

A la margen del camino
se ve el templo solitario
desde cuyo campanario
llama el bronce al peregrino.

Sobre el fondo iluminado
mira al cielo con dulzura
la dolorosa figura
de Jesús Crucificado.

Llenos de santo fervor,
los viejos, al contemplarla,
se humillan para adorarla
con su prístino candor.

Las mujeres, al pasar,
corren con ansia á la puerta,
suben la nave desierta
y rezan ante el altar.

Los hombres de edad madura
se descubren la cabeza
al vislumbrar la belleza
de la trágica figura.

Mas los hombres de hoy en día,
sin seguir tan raro ejemplo,
ni aun se fijan en el templo
al desfilar por la vía.

Por qué será, no lo sé,
que en estos tiempos de luz,
yo miro siempre á la cruz
aunque me falte la fe.

ORQUESTA EÓLICA

Ya comienza á vibrar la sinfonía
que desde el rojo ocaso hasta el oriente
los genios de la luz y la armonía
tocan todas las noches dulcemente.

En la bóveda azul, astros de oro
son las vívidas notas musicales
que allí, sobre el pentágrama sonoro,
escribieron artistas celestiales.

Los ruiseñores son dulces violines,
de crótalos ofician las cigarras,
los naranjos en flor, de bandolines,
y las trémulas brisas, de guitarras.

Y en medio del conjunto soberano
cuyo ritmo triunfal sube hasta el cielo,
repercutir se escucha el océano
con la intensa emoción del violoncelo.

AMOR É ILUSIÓN *

—Quieta vas á quedarte, voluble alada —
le dice el niño aleve á la mariposa,
á tiempo que la prende con sus deditos,
delicados cual pétalos de magnolia.

De flor en flor temprana ¿por qué revuelas,
diciéndoles de embuste que las adoras,
para luégo dejarlas en los jardines
llorando sus tristezas entre las frondas?

— Dame, duende divino, de tu constancia —
le contesta riyendo la mariposa:
dame la fe sincera que necesito,
y esa quietud solemne de que blasonas.

¿Te figuras, acaso, que me intimidas
con esas que me cantas lindas estrofas?
Si tú también engañas á las doncellas,
esos remilgos tuyos nada me importan.

* Véase el *Apéndice*.

En el brocal sentado de aquesta fuente,
tú acechas á las vírgenes ruborosas,
para herirles el alma con tus saetas
y dejarlas al punto tristes y solas.

Y es sin piedad que hieres su casto pecho,
dulce nido en que duermen blancas palomas.
Ciego te finges, niño, mas nunca yerras
los golpes de tus manos hechas de rosas.

Si yo beso á las flores, tú á las doncellas
con tu ardiente mirada las vuelves locas;
tú las hinches de pena, yo las arrullo
con mis alas de iris deslumbradoras.

Yo vuelo por los aires, mostrando alegre
mis rimados columpios, mis áureas joyas;
tú atisbas, tú acometes, sin dar la cara,
á las lindas muchachas que se enamoran.

— Cálla, tonta sublime, porque tú eres
emblema del encanto que nos traiciona:
esos fúlgidos brillos que te engalanan
viven tan sólo un día como las rosas.

Polvo son, vano polvo que se deshace
al soplo de las brisas murmuradoras;
y así son tus halagos, y así los giros
con que vuelas en torno de las corolas.

— Razón tienes de sobra, rapaz ladino:
es polvo mi belleza cuando la tocan:
en cambio, si tus ojos hieren los pechos,
los convierten en llamas, luégo en escorias.

Volar déjame al punto, que á nadie engaño,
ni he de ir á contarles á las hermosas
que en el brocal sentado de aquesta fuente
tú las acechas, niño, desde la aurora.

Pero si á las zagalas encuentro al paso,
camino de los huertos llenos de aromas,
he de decirles: ¡niñas, yo soy la ardiente
ilusión que la lumbre matiza y borda!

Seguidme por el mundo, que el mundo es bello;
pero huid de ese niño que Amor se nombra,
porque hechiza, envenena, traiciona y mata
á las lindas muchachas que se enamoran.

PREFERENCIA

MARAVILLOSA flor de pedrería
luce tu blanco pecho de paloma,
y el iris, al fulgor del claro día,
por sus brillantes pétalos asoma.

Y yo admiro el joyel esplendoroso,
pero me gusta más que su hermosura
la de un soneto blando y primoroso
henchido de fragancias y ternura.

RESPUESTA

Clavando en mí tus ojos seductores,
más ardientes que el sol de la mañana:
— Ser poeta ¿qué es?— con ansia viva
me preguntaste ayer, linda zagala.

Ser poeta es sentir todo lo bello,
es no ignorar sobre la tierra nada,
vivir en una atmósfera sublime
y de visiones fúlgidas poblarla.

Aquel en quien la virgen Poesía
enciende y sopla la fecunda llama
— la sacra inspiración que en rimas brota
como del monte en perlas la cascada —

ese tiene por trono el universo,
hasta el éter azul la sien levanta,
huélla tapices de crugiente seda
y en laureles de oro se enguirnalda.

Y al reclinar la frente soñadora
en una tumba humilde y solitaria,
su gloria se difunde por los siglos
como explosión de luz que nunca acaba.

FLOR DE NIEVE

(Á MATILDE DÍAZ)

Tú tienes la blancura
del cáliz virginal de la azucena :
tú tienes la romántica hermosura
que á mï alma seduce y enagena.

La rubia luz que en tus pupilas arde
no es el vivo esplendor del mediodía :
es la pálida luz con que la tarde
inunda el corazón de poesía.

Tu límpida mirada
ternura es lo que vierte en sus fulgores :
tu frente de gardenia inmaculada
por gala está pidiendo níveas flores.

De blanco así vestida
se te pone el semblante más risueño,
y por la ingrata senda de la vida
yo te miro vagar como un ensueño.

Por eso yo no busco en torno mío,
para ceñir tu candorosa frente,
sino un nimbo de gotas de rocío
que brillen dulcemente.

Ni quiero para tí rojos claveles
ó purpurinas rosas :
yo les pido candor á los vergeles
en ramos de fragantes tuberosas.

¡VEN!

Á CLORINDA

COLGADA como un nido tengo en la cumbre
de aquel erguido monte bañado en lumbre,
la casa donde al soplo de primavera
con indecibles ansias mi amor te espera.
Rumorosos torrentes, amada mía,
la arrullan con los ecos de su alegría,
y buscándola suben, desde las lomas,
en enjambres espléndidos las palomas.
En ella no se escuchan otros rüidos
que las voces angélicas de los nidos,
ni vagan por los aires otros olores
que los besos balsámicos de las flores.
Las campánulas suben por los pilares
y enguirnaldan las tejas de los alares,
y en torno suyo vibran arpas ëolias
y se aspira la esencia de las magnolias,

En el fondo esmeráldico de la grama
cada jacinto esplende como una llama,
y en los verdes rosales llenos de rosas
se columpian ardientes las mariposas.

Vén conmigo, adorable Clorinda mía:
vén á ser el objeto de mi alegría,
que allá, sobre la cumbre llena de flores,
serán mucho más dulces nuestros amores.
De claveles que irradian rojos destellos
adornaré la pompa de tus cabellos;
los pájaros alegres en dulce coro
te cantarán sus blandas rimas de oro,
y allá, bajo la diáfana colgadura
donde duermas el sueño el tu ventura,
posarán en tu frente las ilusiones
al rumor de mis besos y mis canciones.

Con la primer sonrisa del alboreo
treparemos la cumbre de donde oteo
del hondo mar la vívida lontananza,
encendida en fulgores cual mi esperanza.
En las horas ardientes del mediodía,
ebrias de sol espléndido y poesía,
dormiremos tranquilos la blanda siesta
bajo el palio de frondas de la floresta.
Cuando soplen los céfiros de la tarde,
de sus tibios aromas haciendo alarde,
iremos á la ermita de los *Dolores*

á que el cielo bendiga nuestros amores.
Y en las noches de luna, mientras risueño
en tu alma y la mía surja el ensueño,
á cantar nos pondremos bajo la parra
seguidillas sonoras con la guitarra.

Vén conmigo, adorable Clorinda mía:
vén á ser el objeto de mi alegría,
que allá, sobre la cumbre llena de flores,
serán mucho más dulces nuestros amores.
Vén á ser en mis horas de abatimiento
la miel que desamargue mi sufrimiento;
vén á inspirar mis versos con tu frescura
y á llenarlos, Clorinda, de tu hermosura.

AURORA

Mientras, rico joyel, la mariposa
mostrando va su fina argentería,
y el alba luce ardiendo de alegría
su túnica de pétalos de rosa;

mientras la brisa, fresca y olorosa,
regala á cada flor una armonía,
y es un cendal de gasa y pedrería
la de la araña tela primorosa;

mientras es una estrofa cada nido,
y huele el campo á espliego y mejorana,
y de cada rincón brota un sonido,

resuena allá en la torre la campana,
y el ave entona en el rosal florido
la divina canción de la mañana.

EL ÁNGELUS

Desciende el sol resplandeciente y rubio ;
arco triunfal de rosas le recibe ;
vierte la flor su vespertino efluvio,
y en él se embriaga el átomo que vive.

Es Occidente un lago de escarlata ;
ya no quedan del sol sino las huellas,
y en el nítido azul, chispas de plata
á destellar comienzan las estrellas.

Una oración, un himno, una plegaria,
algo ideal y espléndido y sublime
cantando está la selva solitaria,
y al corazón con su grandeza oprime.

Allá, tras la llanura que verdea,
dorada por la lumbre de la tarde,
se ve lucir el templo de la aldea
y el humo del fogón que alegre arde.

La noche se adelanta lentamente,
y en alas de la brisa embalsamada,
de improviso resuena en el ambiente
de la oración la dulce campanada.

Mi corazón al punto se arrodilla
ante el sublime Dios de mi creencia,
ante el Dios que levanta y nunca humilla,
único Dios que habita en mi conciencia.

Desde el monte repuesto y solitario
regresan ya los pobres campesinos,
y al escuchar la voz del campanario,
se detienen á orar en los caminos.

Arpa que endécha, bandolín que llora
es la voz de mujer que de improviso
me viene á acariciar, limpia y sonora,
como un eco fugaz del paraíso.

Y al ëólico són que en las palmeras
tierna levanta el aura que suspira,
llega el pájaro azul de las quimeras
y se pone á cantar sobre mi lira.

¡REVOLUCIÓN!

Frente al déspota audaz que pisotea
la sacra ley con bárbaro cinismo,
repercutir se escucha á un tiempo mismo
el trueno del cañón y el de la idea.

Ya comienza el fragor de la pelea
en bosque, llano, cúspide y abismo;
ya la negra mansión del despotismo
cruge, vacila, estalla y se cuartea.

Tras la diana triunfal, regia y sonora,
la muchedumbre aplaude alborozada,
pero la patria escarnecida llora.

Y es con razón que gime avergonzada,
porque en la lucha cruel y asoladora
no ha triunfado la ley, sino la espada.

EN EL ALBUM DE UNA POETISA

ENCANTADORA flor es tu hermosura,
blanco lirio del valle en cuyo seno
es la ternura almíbar delicioso
y exquisita fragancia el sentimiento.

Encantadora flor que se engalana,
cuando la besa el alba de los sueños,
de gotas de rocío
que son las blancas perlas del ingenio.

A BEATRIZ

¡Basta vergüenza, mujer! No hagas rüido;
no levantes la voz en mi presencia:
dentro de ti no existe la conciencia,
porque has dejado á Dios en el olvido.

Madriguera de infamias es tu nido,
donde con torpe y cínica indecencia,
vendiendo estás la flor de tu impudencia,
satisfacción grosera del sentido.

Tus labios me dan frío, porque en ellos
jamás siento el calor de la ternura
á pesar ¡ oh Beatriz! de ser tan bellos.

Tu rostro es un prodigio de hermosura,
pero al vivo esplendor de sus destellos
tristeza me da ver tü alma impura.

RITMO

Si á los vívidos fulgores
de la luna, que ilumina
los contornos del pinar,
y á los besos y rumores
de la brisa vespertina
te contemplo junto al mar,
me pareces, niña hermosa,
coronada dulcemente
por la lumbre celestial,
visión blanca y luminosa
que se alza de repente
sobre un lecho de cristal.

NUPCIAS

OSTENTANDO sus joyas de rocío,
deslumbrador presente de la noche,
luce la rosa en el vergel umbrío.
Su pudibundo broche
muéstra el vivo rubor de la doncella,
y sólo, sólo ella,
la purpurina rosa fresca y pura,
llenando está el vergel con su hermosura.
De súbito suspira,
y hasta el azul brillante de los cielos
hace llegar la voz de sus anhelos
en las alas del céfiro que espira
balsámicos efluvios.
Cual bizarro doncel de crespos rubios
y de mejillas tersas y rosadas,
en su coche de perlas y rubíes,
tirado por las hadas
y escoltado por lindos colibríes,
llega entonces allí desde el Oriente
un destello de luz resplandeciente.

—¿Tú me quieres, mi bien?— clama el destello,
y la flor le contesta: — Sí, te adoro —
y con acento enternecido y bello
siguen hablando en cláusulas de oro.
Sacerdotisa augusta y soberana,
la gran naturaleza,
deslumbrante de luz y de belleza
y henchida de fragancia embriagadora,
á los besos del sol de la mañana
bendice aquella unión encantadora.

Ya el campo está de fiesta;
ya se escucha en su seno dulce orquesta;
y á tiempo que las flores
lo esmaltan con sus brillos y colores,
de estrofas argentinas
lo pueblan las alondras matutinas.
Exhalan rica esencia
los vívidos rosales,
cuyos pétalos son labios de niñas;
desbórdanse con clara transparencia,
cataratas y arroyos y raudales
sobre el fresco verdor de las campiñas;
en legión celestial todas las flores
agitan sus fragantes incensarios;
á regocijos férvidos y varios
se entregan los insectos zumbadores
luciendo sus joyeles y sus gracias,
y mientras en acacias

y en naranjos en flor y en limoneros
los pájaros en coro
se ponen á cantar versos de oro
al són de los raudales parleteros,
sobre la cérca rústica y hojosa
la campanilla azul vibra armoniosa,
repicando las nupcias ideales
del destello y la flor primaverales.

A SUCRE

Más limpia que la luz de la mañana
y vertiendo de sí ricos fulgores,
entre palmas y músicas y flores
tu memoria inmortal despierta ufana.

Tu gloria emerge lumbre meridiana,
y al recibir sus regios esplendores,
la libertad te ofrénda sus loores
y te bendice la conciencia humana.

Y si no tiene manchas tu memoria,
si ningún vencedor fue más clemente
y es la virtud la esencia de tu gloria,

la sangre que bañó tu altiva frente
es la crueldad más grande de la historia
y el más negro borrón del continente.

NUNCA

Á CLORINDA

Ha pasado el calor de primavera,
el que vistió de nardos y de rosas
la margen de las fuentes rumorosas
y el sedeño verdor de la pradera.

Pasando están los vívidos fulgores
y la explosión de trinos y rumores
con que el vistoso estío
puebla la soledad del bosque umbrío.

Lo que no pasa nunca, reina amada,
es este inmenso amor con que te quiero,
puro como la nieve inmaculada,
vivo como el semblante de un lucero.

EL CAFÉ

En la vega, en la cumbre, en la explanada
luce el café sus límpidos verdores,
y cubriéndose va de blancas flores
al sonante bullir de la quebrada.

Roja como la espléndida granada
y de fragancia henchida y de dulzores,
á poco ostenta en ramos vividores
la fruta ya melíflua y sazonada.

Rico néctar después, fragante humea
en taza azul de porcelana china
donde el matiz dë oro centellea.

Y al ascender á la región divina
de donde surge el ritmo de la idea,
conviértese en estrofa peregrina.

CARMEN LUISA DE MONTBRUN

Et rose elle a vécu ce que vivent les roses,
l' espace d'un matin.

MALHERBE.

¡Murió la dulce niña en los albores
de su existencia plácida y serena!
¡Por eso ya no luce entre las flores
con no igualada pompa la azucena!

Flueco de luz al despuntar el día,
sonrisa de la hermosa primavera,
duró lo que la flébil melodía
que canta el pescador en la ribera.

Pasó como la estrella refulgente
que en el inmenso azul tiembla y vacila,
y semeja en la bóveda esplendente
de moribundo arcángel la pupila.

Su vida fue la de la blanca espuma
que flota en el cristal del manso río:
sonrosado vapor, luciente bruma,
pasajera lisonja del rocío.

Yo miraba su faz deslumbradora,
radiante de belleza y poesía,
lo mismo en los celajes de la aurora
que en el volcán de luz del mediodía.

Y escuchaba su voz en el acento
con que saluda al sol golondrina,
y el regalado aroma de su aliento
lo aspiraba en el aura matutina.

Dios puso en su semblante la ternura
del más profundo sentimiento humano;
en sus ojos, la espléndida hermosura
con que imponente brilla el océano;

en su pálida tez, la encantadora
blancura de la mística azucena,
y la altivez de la sultana mora
en su frente purísima y serena.

Y era el color de su mejilla hermosa
el que las altas cumbres engalana
al entreabrir sus párpados de rosa
el ángel precursor de la mañana.

Vaporosa visión del paraíso,
reflejo de los ángeles del cielo,
fue el astro brillador con que Dios quiso
bañar de luz la oscuridad del suelo.

La orquesta de los huertos florecidos,
el divino esplendor de las estrellas,
la música inefable de los nidos,
del ruiseñor amante las querellas,

todo cuanto fulgura, canta ó gime,
la tierra, el mar, el éter insonoro,
todo lo misterioso y lo sublime
palpitaba en su sér como un tesoro.

Murió cuando el oriente se engalana
con el risueño albor del nuevo día
y alborozadas hinchen la mañana
las aves con su rústica armonía.

Y al remontarse á la celeste altura
bañada por la luz en mil fulgores,
lloraron tan amarga desventura
los pájaros, las fuentes y las flores.

Caracas—1883.

FINIS

APÉNDICE

Caracas : 22 de Junio de 1894.

Señor D. Nicanor Bolet Peraza.

Nueva York.

Mi estimado amigo :

En los números de *Las Tres Américas*, correspondientes á Junio y Noviembre del pasado año, he leído con deleite las composiciones de usted intituladas *Primavera* y *Amor é Ilusión*. Son dos joyas trabajadas por manos habilísimas, dos verdaderas poesías, tan lozanas como reciénnacidas rosas mojadas por la lluvia ; y de tal suerte me han gustado, que no he podido vencer la tentación de vaciarlas en el molde de los versos. No sé yo de qué manera recibirá usted esta

profanación ó abuso, por lo cual me apresuro á suplicarle me dispense la falta cometida; mas si por ella ha de caberme alguna gloria, créame usted que me será sobremanera honroso compartirla con quien ha sabido conquistarla harto brillante — para orgullo de su patria — como altísimo talento y como verdadero artista.

Consérvese usted bueno, y créame su amigo y apasionado admirador,

GONZALO PICÓN FEBRES.

ÍNDICE

ÍNDICE

	Pág.
Primavera	5
¡ Aleluya !	9
Al carbón	13
El ideal	15
La leyenda del Petirrojo	17
A Salvador Rueda	19
¡ Pobre loca !	21
Ausencia	25
Rima	27
Negro	29
Primaveral	31
¡ Salve, Regina !	35
A Clorinda	37
Azul	41
A una granada	43
Indignación	45
Presentimiento	49
Crepúsculo	51
Fin de siglo	53

PÁG.

Orquesta Eólica 55
Amor é Ilusión 57
Preferencia 61
Respuesta 63
Flor de nieve 65
¡ Ven ! 67
Aurora 71
El ángelus 73
¡ Revolución ! 75
En el album de una poetisa 77
A Beatriz 79
Ritmo 81
Nupcias 83
A Sucre 87
Nunca 89
El café 91
Carmen Luisa de Montbrun 93
Apéndice 97

1473631